

Polarización, fracturas sociales y competencia política en Europa

Posted on 23 de noviembre de 2026 by Astrid Barrio

Según la definición de Juan Rodríguez-Teruel y Fernando Casal Bértoa en la *Elgar Encyclopedia of Political Sociology* (2023), por polarización se entiende el incremento de las diferencias políticas entre los ciudadanos y la disminución de los votantes no partidistas, así como del apoyo electoral a las opciones moderadas. Justamente el conjunto de fenómenos que se están observando en un número cada vez mayor de democracias, entre las que las europeas no parecen ser una excepción.

Desde el punto de vista político, la polarización se ha manifestado en el viejo continente mediante la aparición y el ascenso electoral de partidos situados en los extremos del espectro ideológico, tanto de izquierdas como de derechas, todos ellos con marcados tintes populistas y, en diversos grados, críticos con el proyecto europeo; y ha tenido como consecuencia un incremento de la fragmentación partidista y parlamentaria que provoca dificultades en la formación de gobiernos y, en ocasiones, incluso lleva a la parálisis política. Entre tanto, se observa un incremento de la radicalización sociopolítica expresada mediante discursos de odio, protestas y acciones violentas que ponen en peligro la cohesión social.

Lo primero es lo que se entiende propiamente por *polarización ideológica*, una idea vinculada al análisis de los sistemas de partidos, propuesta por Giovanni Sartori en su bien conocido *Partidos y sistemas de partidos* (1976), que se refiere a la distancia ideológica entre las distintas formaciones de un sistema. Si la brecha ideológica entre los partidos es pequeña, los espacios competitivos son reducidos y hay una polarización baja, mientras que, si la distancia es grande, el espacio competitivo también lo será, así como el nivel de polarización. En este caso son los partidos los que, con su comportamiento, determinan el grado de polarización, en función de la radicalización o moderación de su posición ideológica y de sus estrategias de cooperación y oposición con el resto de formaciones.

Lo segundo, en cambio, es lo que se denomina *polarización afectiva* y se refiere a la construcción de identidades de grupo marcadas por un intenso sentimiento de pertenencia, en fuerte oposición a los *otros,* hacia los que se desarrolla una elevada hostilidad. Ambos tipos de polarización suelen estar relacionados, pero conviene entender en qué sentido. Es decir, si la polarización ideológica de los partidos precede a la afectiva —lo que implicaría que son los partidos quienes, con sus estrategias, acaban radicalizando a la sociedad— o si, por el contrario, la polarización afectiva antecede a la partidista, de manera que los partidos sean meras correas de transmisión de las fracturas sociales y no hagan más que reflejar y representar políticamente las divisiones sociales.


El Parlamento Europeo de Strasburgo en 2018. Imagen de Frederic Koberl

En Europa, la relevancia de las fracturas sociales en la configuración de los sistemas de partidos la teorizaron Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan en su obra *Party Systems and Voter Alignments* (1967). Según estos autores, los votantes se posicionan en bloques separados en función de su ubicación respecto a las distintas fracturas presentes en la sociedad; y votan por el partido que mejor expresa su posición en ellas, determinadas sociológicamente. Estas divisiones son la fractura centro-periferia y la religiosa, ambas derivadas de la revolución nacional que alumbró el Estado moderno; y las fracturas campo-ciudad y de clase, surgidas como consecuencia de la revolución industrial. No en todas las sociedades europeas están presentes todas las fracturas, ya que ello depende de cómo se han resuelto históricamente los conflictos pertinentes. Sin embargo, es habitual que una sea predominante y sobre ella se articule la competencia política. Generalmente es la fractura de clase, de la que deriva la clásica división izquierda-derecha, aunque también puede suceder que las distintas fracturas se relacionen entre sí y se hallen entrecruzadas, superpuestas o yuxtapuestas.

La estabilidad de los sistemas de partidos europeos desde la segunda posguerra hasta la década de 1970 dio pie a la hipótesis de la congelación de las fracturas. Pero a partir de entonces el declive de los partidos tradicionales, el aumento de la volatilidad electoral y el surgimiento de nuevos partidos que representaban nuevas divisorias sociales desembocaron en la idea de la *descongelación de las fracturas*, que ha provocado cambios relevantes en la mayor parte de los sistemas de partidos europeos. Hemos asistido a varias oleadas de partidos nuevos que han alterado la fisonomía política tradicional, incrementado los niveles de polarización ideológica partidista y modificado también el tipo de relación de los ciudadanos con los partidos. Y si inicialmente se constató un declive de las lealtades partidistas, más adelante se manifestó una nueva modalidad de identificación detectada inicialmente en los países del antiguo bloque soviético. Se trata de la *identificación partidista negativa* que, a diferencia de la positiva y de lo que había sucedido hasta entonces, no implica definirse políticamente por el apoyo a un partido o ideología, sino por el rechazo o aversión hacia un determinado partido o una ideología, lo que contribuye al incremento de la polarización.

La identificación partidista negativa, en tanto que contribuye al refuerzo de la propia identidad por oposición a las otras, se asocia al crecimiento de la polarización afectiva, lo que implica, además, una identidad partidista fuerte. Esta identidad fuerte se construiría sobre la base de identidades múltiples que se refuerzan mutuamente, dando lugar a lo que Mariano Torcal, en su libro *De votantes a hooligans* (2023*)*, ha definido como *megaidentidades* partidistas. Algo que no es, ni de lejos, un fenómeno inédito, ya que no deja de ser una nueva expresión de la vieja superposición de las fracturas tradicionales.

Si existe polarización afectiva, de acuerdo con la aproximación competitiva basada en las aportaciones de Anthony Downs en el clásico *An Economic Theory of Democracy* (1957), deberíamos esperar que los partidos se adaptasen a la distribución ideológica de los votantes y que, con el objetivo de maximizar su beneficio electoral, en este caso modulasen sus posiciones ideológicas, acentuando así la polarización ideológica. Pero esta no es la única coyuntura posible, sino una de las diversas estrategias que pueden seguir los partidos. Podrían optar también por estrategias de competición centrípeta que contribuyesen a modular la intensidad con que se expresan las fracturas y, por tanto, a reducir la polarización afectiva.

Dado que hay casos en que las estrategias de competición partidista han alimentado esa polarización, cabe plantear la hipótesis de que también se puedan adoptar estrategias que la minimicen. Tal vez se podría recurrir a la *herestética* que, de acuerdo con William H. Riker en *The Art of Political Manipulation* (1986), consiste en la manipulación de la estructura de los gustos sociales y de las alternativas existentes por parte de los dirigentes políticos. Esto, que

de entrada sería reprobable, en el actual contexto de polarización que amenaza la democracia podría verse legitimado por la bondad del objetivo perseguido, es decir, reducir la polarización y proteger esa misma democracia. Pero es algo que requiere de líderes capaces y audaces, desde una perspectiva que acaso resulte algo elitista en nuestros tiempos de populismo.

Astrid Barrio es profesora de Ciencia Política de la Universitat de València, doctora en Ciencia Política y de la Administración por la Universidad Autónoma de Barcelona y máster en Ciencia Política por el Instituto de Estudios Políticos de París. Su tesis *Las alianzas entre partidos: el caso de CiU (1978-2004)* fue galardonada con el Premio AECPA.